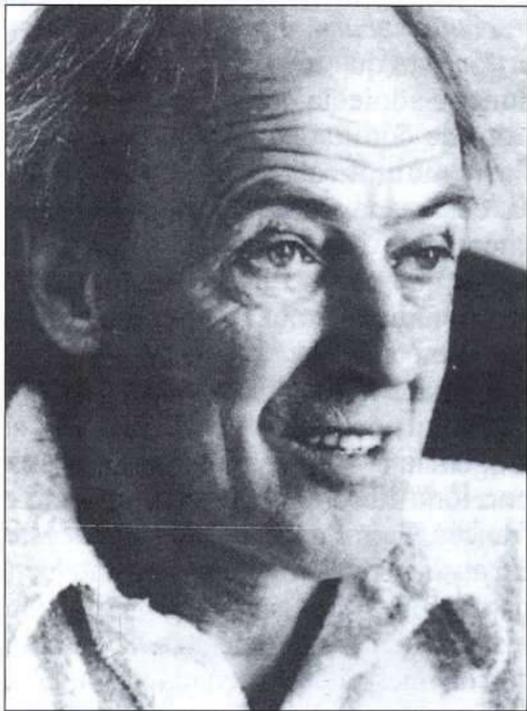


# La biblioteca de Matilda

Emilio Pascual\*

**MATILDA**

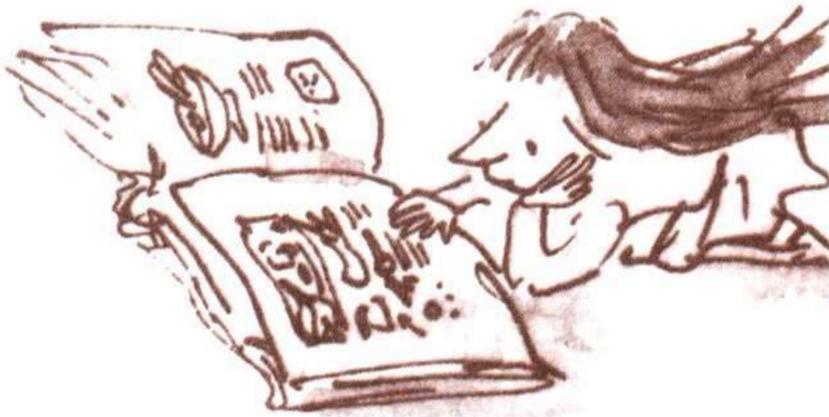
PRIMERA EDICIÓN: 1988



ROALD DAHL  
(1916-1990)

**M**atilda Wormwood tuvo la suerte —o quizá no— de nacer en una familia adinerada; Matilda Wormwood tuvo la desgracia —o quizá no— de nacer en una familia estúpida y tramposa. El negocio de su padre consistía en estafar a los clientes desprevenidos, revendiendo coches de segunda mano «de pacotilla» convenientemente amañados; la ocupación de su madre, jugar al bingo. Habilidad y perspicacia que no les bastó para advertir la precocidad increíble de su hija.

Con año y medio, Matilda hablaba perfectamente, y su vocabulario era igual al de la mayor parte de los adultos y superior al de muchos. A los tres había aprendido a leer sola en los periódicos y en las revistas del tipo *Auto-car* y *Motor* que rondaban por su casa. A los cuatro leía de corrido. De forma natural, empezó a desear una biblioteca. Pero «en aquel ilustrado hogar», donde no faltaba un «precioso» televisor del último modelo, «él único libro que había era uno titulado *Cocina fácil*, que pertenecía a su madre». Cuando Matilda comprendió que por ahí tenía la vía cegada, se dirigió a la biblioteca pública del pueblo.

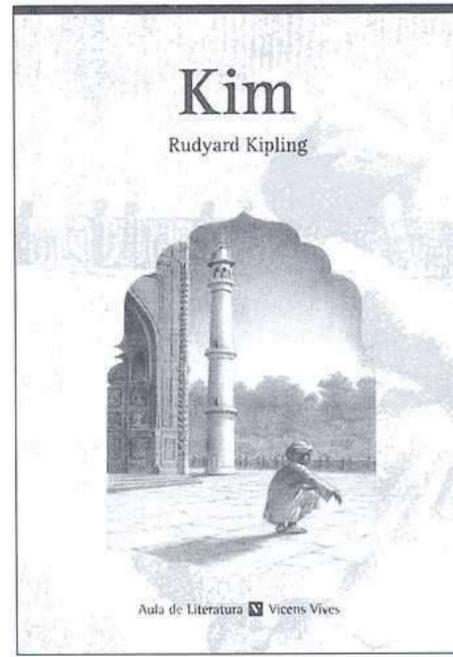
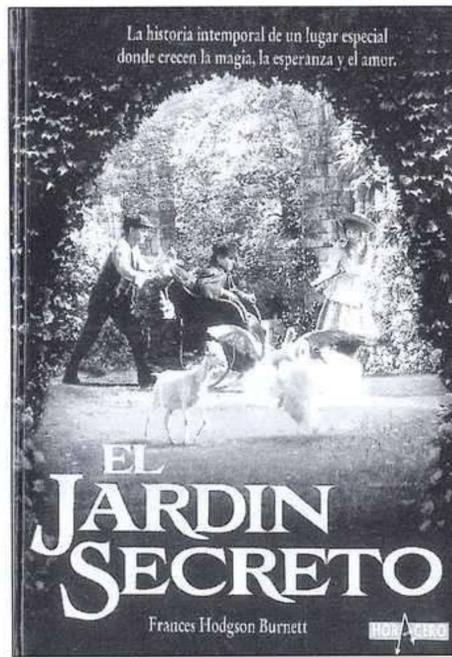
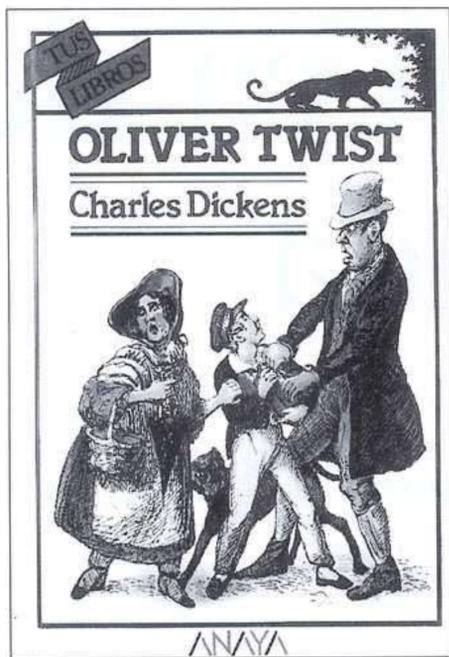
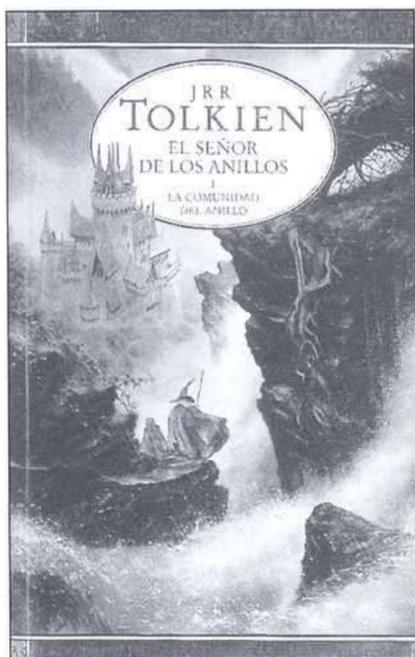


QUENTIN BLAKE, MATILDA,  
ALFAGUARA, 1989.

En dos semanas se leyó todos los libros infantiles. No todos le parecieron «bonitos», e incluso algunos los encontró decididamente malos. El que más le gustó fue *El jardín secreto*. Era «un libro lleno de misterio. El misterio de la habitación tras la puerta cerrada y el misterio del jardín tras el alto muro». Matilda pidió un libro «bueno de verdad», uno «de los que leen los mayores».

La bibliotecaria, entre asombrada y vengativa, puso en sus manos *Grandes esperanzas*, no sin cierta sensación de culpabilidad. Una semana después, Matilda, fascinada por Dickens, preguntó a

# BIBLIOTECAS IMAGINARIAS



la bibliotecaria si aquel autor no había escrito más libros. Durante los seis meses siguientes leyó *Nicholas Nickleby* y *Oliver Twist*; *Jane Eyre*, *Orgullo y prejuicio*, *Tess d'Urberville* y *Kim*; el *Viaje a la Tierra*, de Mary Webb, y *Alegres compañeros*, de Priestley; *El hombre invisible*; *El viejo y el mar*, *El ruido y la*

*furia* y *Las uvas de la ira*; *Brighton parque de atracciones*, de Graham Greene, y *Rebelión en la granja*.

Cuando descubrió que el servicio de préstamo le permitía trasladar en pequeñas dosis la biblioteca pública a su casa, convirtió su dormitorio en sala de lectura. «Navegó en tiempos pasados con Jo-

seph Conrad. Fue a África con Ernest Hemingway y a la India con Rudyard Kipling. Viajó por todo el mundo, sin moverse de su pequeña habitación de aquel pueblecito inglés».

A los cinco años y medio fue a la escuela. Para entonces ya había leído a Tolkien, casi todo Dickens, *Just so stories* 1 de Kipling, *El pony rojo*, de Steinbeck —que tuvo que reponer de su bolsillo, porque su padre, en un arrebato de furor, lo redujo a papelote—, y *El león, la bruja y el armario*, de C. S. Lewis, escritor este que le parecía «muy bueno», aunque adolecía de un grave defecto: su falta de comicidad. Sabía hacer quintillas y multiplicaba como una calculadora, cosa nada sorprendente si se tiene en cuenta el razonamiento de Matilda: «¿Por qué no va a hacer las cosas el cerebro humano “mucho mejor que un trozo de metal”?»

Su maestra, la adorable señorita Honey, que advirtió en seguida el talento, la «inteligencia asombrosa» de la niña, le proporcionó libros «de álgebra, geometría, francés, literatura inglesa y otras cosas». En ausencia de otra ocupación intelectual para su portentoso cerebro, Matilda logró restaurar un poquito de justicia en un rincón de nuestra desordenada tierra. El resto pertenece, pues, al mundo mágico de los cuentos o al misterio de la realidad intransitable. Sólo puedo añadir que me hubiera gustado tener una maestra como la dulce señorita Miel. ■

\*Emilio Pascual es escritor y editor



QUENTIN BLAKE, MATILDA, ALFAGUARA, 1989.